

AUTOFICCIÓN, IDENTIDAD Y ENSIMISMAMIENTO

Luis Beltrán Almería
Universidad de Zaragoza, España

El concepto de *autoficción* ha sido una de las novedades que han aportado las últimas décadas en la teoría de la novela. Es un concepto impreciso que revela una tendencia de los géneros literarios modernos, pero que se presta a interpretaciones manifiestamente mejorables. Retomando el concepto orteguiano de *ensimismamiento* (opuesto a enajenación) es posible entender los límites de los teóricos de *autoficción* y situar el problema en las coordenadas de la estética de la Modernidad.

El problema del ensimismamiento recibió la atención de Ortega en su escrito “Ensimismamiento y alteración”. Para Ortega, el animal es pura alteración. No puede ensimismarse. El hombre primitivo es en esto similar a un animal. Vive “alterado”, enajenado. Pero el hombre civilizado vive pensando en cómo encarar el futuro. Piensa “para proteger la acción futura” (Ortega, 304). Me permito señalar una diferencia entre el concepto de ensimismamiento de Ortega y el mío. Ortega entiende el ensimismamiento como autorreconocimiento o conciencia de sí. Esta es una peculiaridad de los *sapiens*, que son capaces de reconocerse ante un espejo (al parecer, algunos primates también, algo que no ocurre con otras especies animales). Esa capacidad es trascendental porque implica conciencia de la muerte, pensamiento moral y pensamiento estético. Ortega no saca las debidas conclusiones de esta dimensión humana. Mi concepción del ensimismamiento tiene un marco histórico, mucho más limitado. Es en la sociedad abierta cuando el individuo se ensimisma, para descansar del estrés que le produce su proyección pública. En el mundo de las tradiciones no hay lugar para la proyección pública. Y, por tanto, aunque se da el autorreconocimiento no se da el ensimismamiento, que requiere un marco cultural histórico, una imagen pública.

La propuesta que voy a esbozar a continuación viene a decir que la autoficción no es más que una de las formas que ha tomado en la actualidad la expresión de la introspección o, quizá mejor, del ensimismamiento. Y que estos problemas solo pueden apreciarse debidamente comprendiendo la gran evolución de la expresión del ensimismamiento. Por el contrario, la cuestión de la veracidad del relato que plantea la autoficción no puede ser establecida por la crítica, a no ser que medie el testimonio – siempre dudoso– del autor. Conviene añadir que la Modernidad ha puesto el fenómeno del ensimismamiento en una nueva dimensión. Puede decirse que la Modernidad ha creado la imagen privada del individuo. Y que esa imagen privada puede publicitarse. Eso es lo que vemos en la novela, pero también en las actuales TICS, como Facebook y otras similares. También puede apreciarse este fenómeno en la reivindicación feminista de que la esfera de lo privado tiene una dimensión pública y que ha dado lugar a movimientos como el actual *Me Too*.

Antes de entrar propiamente en materia señalaré las limitaciones o, si se quiere, la parcialidad de la bibliografía sobre la autoficción: este concepto se ha movido entre categorías literarias tales como autobiografía y novela, realismo y modernismo, regreso del autor, o historia y ficción. Con razón se ha señalado que estos vaivenes ilustran una doble tendencia: por un lado la pretensión de una imposible definición estricta y, por otro, la ampliación a la escritura del yo o, simplemente, literatura (Jacques Lecarme en *Encyclopaedia Universalis*).

Este, como todos los problemas de cierta relevancia, exige una mirada temporal muy amplia. Y hoy son mucho más frecuentes las miradas que solo contemplan lo actual, incluso en su dimensión más ridícula: un momento, un autor, una obra. Esa amplia perspectiva temporal no puede ser otra que la del periodo que llamamos Historia o, si se quiere, civilización. Con la irrupción de la Historia o con

la aparición de sociedades abiertas basadas en leyes –y no solo en tradiciones– ocurre que aparecen dos fenómenos nuevos: el de la necesidad de formarse una imagen pública –lo que hoy llamamos identidad– y, en sentido opuesto, el de la aparición de un espacio interior, una cultura de cámara, lo que se viene llamando *ensimismamiento*. Los primitivos ni tienen imagen pública ni conocen el ensimismamiento.

No me voy a referir –por razones de fácil comprensión– al problema de la identidad o imagen pública –lo he hecho en otro escrito– sino a la cuestión más o menos simétrica del ensimismamiento. No obstante he de señalar que ambos problemas tienen un origen, una raíz común. Esa raíz es la inseguridad que produce el mundo histórico, el mundo de la civilización. El mundo primitivo conocía otro tipo de inseguridad: la inseguridad de seguir vivo al día siguiente. Pero los individuos de este mundo estaban seguros de saber quiénes eran: miembros de una horda, un clan, de una tribu, y sabían qué tareas comportaba esa dependencia que para ellos era seguridad, la seguridad de la sociedad cerrada. Pero el mundo histórico es un mundo cambiante. No aspira a que las cosas se queden como estaban sino a mejorarlas. Para eso aparecen las leyes y los individuos de las sociedades abiertas se preocupan por prosperar o, como se dice ahora, por triunfar socialmente. Esa tendencia a mejorar produce inseguridad. Nadie es igual a sí mismo, porque debe crecer –y si no lo hace se encogerá, se arruinará–. Esta es la causa del ensimismamiento: la búsqueda de una verdad que se supone agazapada en el fondo de la conciencia, la búsqueda de ser para sí mismo (y no para los otros).

La expresión del ensimismamiento fue en una larga primera etapa muy elemental, incluso tosca. Se vio obligada a encontrar un lenguaje especial, que no existía hasta entonces: un discurso para la amistad, para los sentimientos, para las dudas. La poesía sentimental, el ensayo, incluso el testamento en la Antigüedad son los géneros que destacaron en este dominio. Pero también hemos conservado otros géneros menores como los cuadernos de notas o las cartas ficticias de personajes míticos o históricos. Todos estos géneros apuntan en esa dirección: la de explorar el ensimismamiento. La Edad Media no fue una etapa demasiado propicia para el ensimismamiento, pero tuvo algunos momentos brillantes, como la correspondencia cruzada entre Abelardo y Heloisa, tan cínica la de él y tan apasionada la de ella. La excepcionalidad de esa correspondencia ha sido sancionada por la posteridad, que la ha recreado en una veintena de obras. Diré, al paso, que el ensimismamiento tiene también su expresión musical. La obra musical de Abelardo es una prueba, pero conviene recordar que la poesía sentimental de la Antigüedad era musical. Con el Humanismo estos géneros experimentaron un notable desarrollo. Es entonces cuando aparecen el autorretrato, los diarios, la novela epistolar o la mejor expresión mística... Ya en la Antigüedad había aparecido la novela en primera persona que tiene su continuidad en la novela picaresca. No conviene olvidarlo porque la aparición de la narración personal (en primera persona suele decirse, según el modelo alemán) surge en la comicidad. De la misma manera que la más profunda introspección tendrá un carácter religioso –ascético-místico, solemos llamarlo–.

En la Modernidad los géneros del ensimismamiento han crecido exponencialmente, en la misma proporción que ha crecido la necesidad de dotarse de identidad, esto es, de imagen pública. La razón de ambos fenómenos es la hegemonía indiscutible del individualismo, la forma genuina del pensamiento moderno. La eclosión individualista conlleva el deseo irrefrenable de autoconsciencia. Fenómenos como el narcisismo adquieren una proporción y una envergadura insospechables, patológicas. El ensimismamiento invade la poesía, el ensayo, la novela, el teatro; y eleva y dignifica las confesiones, las memorias, los diarios –es decir, los géneros de la rendición de cuentas–. Incluso se novelizan estos nuevos géneros personales. Suele mencionarse como antecedente de la irrupción del individualismo la obra de Montaigne. Pero Montaigne no es, en absoluto, un individualista, por la sencilla razón de que se ríe de sí mismo. En sus *Ensayos* encontramos su autorretrato en términos jocosos y, por supuesto, ensayo. Rousseau nos ofrece una confesión moderna, esto es, novelada. Ya lo vieron así los miembros del Círculo de Jena. También las memorias se novelizan, recurriendo a motivos jocosos: así Chateaubriand y sus *Memorias de ultratumba*, Ch. Lamb y sus *Ensayos de Elia*, Larra y sus obras... El caso de Larra es muy significativo porque paseó su drama vital por el ensayismo, el teatro y la novela. A partir de ese momento inicial de la Modernidad que llamamos romántico no solo proliferan las obras que miran al interior sino que se produce un fenómeno

envolvente. Victor Hugo lo explica muy bien: “cuando os hablo de mí os hablo de vosotros [...] ¡Ah! Insensato quien crea que yo no soy tú” (en el prefacio a *Les contemplations*).

Llegados a este punto quizá convenga apuntar que el proceso de ensimismamiento ha dado lugar a la aparición de formas variadas de material autobiográfico en los géneros literarios. Ese material puede tomar la apariencia de géneros específicos de la rendición de cuentas (confesiones, memorias, diarios...) pero también sucede que aparezca enquistado en otros géneros complejos, especialmente en la novela y en géneros afines. La variedad de presentaciones no puede ocultar el proceso histórico de formación del sujeto de conciencia civilizatorio. Tal proceso se funda en la imposibilidad de coincidir con uno mismo. El mundo se percibe en movimiento perpetuo y esa es la causa de que no pueda coincidir el yo en el pasado con el yo actual. La no coincidencia da lugar a distintos fenómenos culturales y literarios. Trataré de enunciar los más relevantes.

El punto de partida de estos fenómenos es la necesidad de autoexploración y su proyección literaria, escrita. La presunción de que cabe alguna duda respecto de la identidad conlleva la necesidad de objetivarse. En otras palabras, la inseguridad del sujeto le lleva a proponer unos símbolos y un discurso que calme la ansiedad del vacío y que le ofrezca la ilusión de inmortalidad –como viera Unamuno en *El sentimiento trágico de la vida*–. El primer momento de este proceso de construcción simbólica es el de la duda. Una simbología de la duda se encuentra en la pintura de Durero o en la obra de Montaigne. En la serie de autorretratos de Durero lo vemos objetivarse sucesivamente como un joven desorientado, como un cortesano o como Cristo. Es decir, en una secuencia que va desde la autohumillación a la autoafirmación. Así es también la obra de Montaigne. Su autorretrato conlleva el momento de la autohumillación, pero el resto de sus ensayos tienden a la autoafirmación. Este momento afirmativo y reivindicativo lo encontramos en los prólogos de Cervantes al *Quijote* y a las *Novelas Ejemplares*. En ellos se reivindica como el primero en novelar en castellano o como poseedor de una gran imaginación sin renunciar a la ironía de presentarse en un momento de falta de inspiración. Algo similar ocurre en la obra de Rembrandt, que se representa como pobre, loco e, incluso, como dios. Esta es una línea serio-cómica de la construcción de la identidad. Frente a ella se despliega una línea heroica de construcción de la imagen pública, que pasa por las figuras literarias del aventurero, del caballero, del sabio o del santo. Se trata de una actitud voluntarista y conservadora que trata de negar la evolución del personaje. Por último cabe señalar una línea de representación basada en la divinización o salvación. Se trata de sobrevivir a la muerte, mediante un proceso estético de iniciación que permite al personaje hacerse visible o ubicuo. Es la línea ascético-mística, fundada en la expiación de pecados y el acceso a la santidad. Esta línea continúa en la Modernidad, pero ha adquirido ahora un perfil laico que ha despistado a los estudiosos, demasiado apegados a un historicismo literal. Y, sin embargo, Unamuno y otros la vieron con nitidez.

Estas han sido las grandes sendas de construcción de una imagen, que puede ser tanto una imagen pública como una imagen privada, la del ensimismamiento. La tercera vía sería la de la iniciación ascético-mística, que es una forma mixta que tiene versión laica en la Modernidad. Pero esto nos está desviando de nuestro tema que no es otro que el ensimismamiento.

Novela ensimismada

El fenómeno del ensimismamiento ha conocido en la literatura moderna una explosión cuyo alcance, riqueza y profundidad solo han recibido aproximaciones parciales. Quizá la fórmula que mejor refleje esa explosión sea la de la *novelización del ensimismamiento*. Quiere decir esto que el ensimismamiento se ha convertido en la era moderna en el fenómeno literario por excelencia, no solo en la novela, como parece sugerir esa expresión, sino en el conjunto del dominio estético. Si le llamo *novelización* es porque ha sido precisamente en la novela donde ha alcanzado su expresión más destacada. Al ser la novela el género cuya forma estética es la más libre ha podido captar las enormes posibilidades del ensimismamiento y ha exportado esa libertad a otros géneros literarios y a otras artes –como el cine, el teatro y las artes plásticas–. Los aspectos más evidentes de este proceso son la autoparodia y el autoanálisis, que vienen siendo comprendidos como *autoficción*. Pero los

antecedentes de lo que hoy llamamos autoficción se remontan al siglo XIX con la aparición de novelas-diario tales como el *Diario de un hombre superfluo* de Iván Turguénev, formato que ha tenido una importante secuela –Gógol ya había adoptado la forma del diario; después vendrían, Sartre, Norman Mailer, Coetzee y otros–. Pero también ha dado lugar a la aparición de diarios novelados, como el *Diario americano* de Italo Calvino o los de Pessoa, Torga y Trapiello.

Al mismo tiempo que aparecen estas formas novelísticas nuevas aparecen otras muchas y difícilmente encuadrables en un concepto formalizado. Me refiero al empleo de material autobiográfico en las novelas y en otros géneros –la poesía moderna está altamente novelizada–. Así Saramago ha dicho: “yo mismo soy la materia de la que están compuestas mis novelas”. Novelistas como Luis Landero han ofrecido una amplia gama de modalidades de empleo de su experiencia vital, sin recurrir a la autobiografía, salvo en su reciente *El balcón en invierno*, que es una biografía novelizada. Puede concluirse que toda la literatura moderna está salpicada por la explosión del ensimismamiento. De la misma manera que puede decirse que el individuo moderno está atrapado por el problema de la identidad. Por eso, en vez de dedicarme a formalizar un concepto como la autoficción –tarea que se me antoja falaz–, me dedicaré a tratar de entender las raíces del problema.

Alexis de Tocqueville explicó la doble tendencia de la sociedad moderna a la libertad y a la igualdad. Precisamente porque en la sociedad moderna el individuo se libera de las ataduras estamentales, religiosas y de casta, aproximándose a un estatuto igualitario y libre, no puede evitar su condena al aislamiento y a la inseguridad. Incluso esta tendencia ha permitido la expansión de una de las peores plagas antisociales: el narcisismo. Responder al reto moderno conlleva una lucha por la autoconsciencia y la reflexión. La gran tarea moderna es la de expandir la conciencia.

Esta tarea tropieza con dificultades. Esas dificultades se pueden reducir a un único problema: el de enfrentarse a una sociedad de una complejidad nunca vista hasta ahora. Los individuos sufren en el mundo moderno para ubicarse. Las dudas y la desorientación se apoderan de ellos. Y la duda última parece ser la del contacto con lo que Lacan llama *lo Real*. Esta duda es falaz, porque falaz es la distinción entre lo ideal y lo real. La materialidad del mundo moderno no es solo la materialidad de las cosas. Es también la materialidad de las ideas. Como dice el tópico zizecano: tan importante y real es el valor de una empresa como la confianza o los temores de los inversores. Y más todavía sucede en el mundo de la política por no hablar de la literatura y las artes. Lo vemos todos los días. La autoficción, en su provisionalidad conceptual y su escurridiza actualidad, no es otra cosa que el nombre que se aplica a determinadas representaciones –sobre todo, novelísticas– del simbolismo de la actualidad en su dimensión más ensimismada.

Foucault y la moral

Como habrán deducido, esta línea de pensamiento sobre el ensimismamiento puede concebirse como paralela a la hermenéutica del sujeto de Foucault. Sin embargo, quiero hacer notar que se trata más bien de una divergencia que de un paralelismo. Mi objetivo es de signo estético. El de Foucault es de signo moral. El propósito de Foucault es mostrar cómo la cultura de la *inquietud de sí mismo* (*epimeleia heautoû*) es el origen de la espiritualidad mal llamada judeocristiana –Foucault la ve crecida y arraigada en el pensamiento grecolatino– que impone la autorrenuncia para el acceso a la verdad. El pensador francés ve la continuidad de ese desvío del conocimiento que es la espiritualidad, “el precio a pagar por tener acceso a la verdad”. Esa renuncia a sí mismo habría sido rectificadada en lo que llama *momento cartesiano*, que significaría la prioridad del *conócete a ti mismo* sobre la *inquietud de sí*. Así la Modernidad se fundaría sobre el principio de que solo la verdad da acceso al conocimiento y que el conocimiento requiere condiciones personales y culturales.

Esta propuesta, que se apoya sobre un impresionante conocimiento de la literatura antigua, tiene sus límites. En primer lugar, concibe el problema como una historia de la subjetividad frente a una historia de la verdad. La noción de sujeto aparece ya dada con la historia. La categoría de *sujeto* tiene un carácter ahistórico para Foucault. Es un prejuicio. La ausencia en Foucault de una filosofía de la

historia proviene de la fusión de estructuralismo y psicologismo en la que funda su pensamiento. En segundo lugar, conlleva una concepción débil de la verdad –una concepción individual–, que le lleva a concluir que el sujeto es capaz de alcanzar la verdad, pero la verdad no es capaz de salvarlo (*La hermenéutica del sujeto*, 35). Para Foucault el cuidado de sí mismo es el estadio natural del sujeto y su propósito teórico se agota en mostrar que la renuncia a sí mismo es una moral que nace en la Antigüedad y que no es solo la herencia judeocristiana. La explicación del ensimismamiento se agotaría en esta línea de pensamiento en la cultura *psi*. El conflicto entre la imagen pública y la imagen privada lo extiende Foucault a todo el periodo histórico, cuando el conflicto como tal es un fenómeno plenamente moderno.

En mi propuesta, el objetivo es explicar cómo el ensimismamiento ha llegado a ser un rasgo esencial de la estética de la Modernidad. El ensimismamiento no es entendido como un principio –como el sujeto foucaultiano– sino como una etapa del proceso civilizatorio que asume la tarea de ir desplegando y legitimando lo que el mismo Foucault llama “lo interior”. Que la espiritualidad occidental haya ofrecido resistencia al despliegue de lo interior –resistencia en la imposición de la autorrenuncia– es consecuencia de la aparición y hegemonía del pensamiento dogmático, una etapa infantil del desarrollo de la cultura, que no debe asociarse únicamente al pensamiento teocrático judeocristiano, como afirma con acierto Foucault. La era del dogmatismo concluyó con la llegada de la era moderna. Es verdad que el pensamiento dogmático sobrevive en la Modernidad, pero ha quedado reducido a un espacio subordinado y en continuo retroceso, pese a la resistencia violenta a la que suele dar lugar. La Modernidad es el momento de la superación de la autoculpable minoría de edad –en términos de Kant– y el ensimismamiento es su más importante seña de identidad.

Las concepciones de la autoficción en el marco de la teoría literaria actual son, pues, necesariamente limitadas, en cuanto que son un reflejo muy parcial de la gran evolución de la cultura y de la identidad. Y responden a una demanda de la casta de los escritores y de los profesores, que no suelen verla como un fenómeno general.

Bibliografía

- FOUCAULT, Michel (2005): *La hermenéutica del sujeto*. Trad. Horacio Pons. Madrid: Akal.
- (1978): *Historia de la sexualidad. I La voluntad de saber*. Trad. Ulises Guñazú. Madrid: Siglo XXI.
- ORTEGA Y GASSET, José (1955): “Ensimismamiento y alteración”, en *Obras completas*, vol. V (1933-1941). 3.^a ed. Madrid: Revista de Occidente.